

GONZÁLEZ CASARRUBIOS, Consolación (coord.): *Fiestas populares del ciclo de primavera en la Comunidad de Madrid* (Madrid: Comunidad de Madrid, 1993), 304 pp. con ilustr.

Desde hace varios años, el Centro de Estudios y Actividades Culturales de la Comunidad de Madrid viene desarrollando una esforzada y meritoria labor de difusión de las tradiciones culturales, no solo de la autonomía madrileña, sino de todo el Estado. En torno a los amplios temas del auto religioso y de tradición y danza, este Centro organizó dos exposiciones con abundante material y actuaciones en vivo, complementadas por sus respectivos libros-catálogo, que se convirtieron en aldabonazos sobre la inmensa riqueza de cultura popular que aún se atesora en las tierras de España, y que apenas cuenta con serios estudios generales.

En lo que respecta a su ámbito territorial propio, la antigua provincia de Madrid convertida por los azares políticos en comunidad autónoma, este Centro ha contado con la colaboración de un equipo de investigadores del Museo de Artes y Tradiciones Populares de la Universidad Autónoma —pioneros en los estudios en profundidad del campo madrileño—, dirigido por la Prof. Consolación González, para publicar en 1991 el libro *Calendario de fiestas populares de la Comunidad de Madrid*, que trataba de mostrar una amplia panorámica sobre la vigencia actual de las tradiciones festivas, que lo mismo incluye arcaicas soldadescas de ánimas y calabazas agujereadas para representar a los difuntos (como un «Halloween» autóctono) que originales procesiones nocturnas con los portadores de las andas y los cirios sumergidos en un río, o avances feministas tanto simbólicos (las alcaldesas que mandan en el pueblo el día de Santa Agueda), como participativos (la vaquilla que es corrida solo por las mozas). El éxito de público que tuvo el libro, pronto agotado, inspiró a sus responsables a emprender un trabajo a largo plazo, rastreando exhaustivamente los pueblos madrileños y describiendo con más detenimiento los rituales festivos encontrados, según su desarrollo a lo largo de las cuatro estaciones del año. Y el primer fruto de este plan acaba de salir de la imprenta, con la catalogación por localidades y fechas, mapas de distribución, descripción y somero estudio de las fiestas primaverales. Como era de esperar, el resultado viene a confirmar la sorpresa de que en un entorno tan próximo a la megalópolis capitalina todavía gozan de buena salud costumbres agrarias de remotísimo origen, muchas de ellas recuperadas en los últimos años, al igual que está sucediendo por la mayor parte del país.

Las fiestas primaverales se inician con los ritos fúnebres-fecundadores de la Semana Santa, destacando el espectacular auge de las «pasiones vivientes», que desde su instauración en Chinchón en 1963 se han extendido por Aranjuez, Carabaña, Navas del Rey, Daganzo, Villarejo de Salvanés, Morata de Tajuña y, la más reciente ya que data de 1985, Orusco. Al mismo tiempo tienen lugar otras representaciones menos elaboradas, como los «descendimientos» de la figura de Cristo y los ajusticiamientos de los «judas», que en el caso de Robledo de Chavela consiste en apedrear tanto al alegórico pelele como a los cántaros de barro llenos de productos diversos que comparten con él el armazón de madera. Por su parte, en Majadahonda también se quema a «la mujer de Judas». Tanto en la elaboración de los peleles de los traidores como en la de las cruces y árboles de mayo, que se acompañan de enramadas y rondas musicales, tienen un destacado papel los «quintos» o mozos que han sido llamados al servicio militar, que así cumplen su rito comunitario de paso a la edad adulta, demostrando tanto su audacia y pericia individual como su integración en un grupo de edad. Y con estas pruebas iniciáticas demuestran su aprendizaje de técnicas y comportamientos sociales.

También a principios de mayo se siguen entronizando en floridos altares a las niñas elegidas como «mayas», herederas de similares diosas del paganismo. A mediados del mes, los agricultores honran a su patrono San Isidro en 114 localidades madrileñas, con romerías con tractores, bendición de los cultivos y procesiones en las que se esparcen granos de trigo. Otro venerado santo es Antonio de Padua, y en alguna de sus procesiones se puja o compite en donativos por el honor de llevar las andas de su imagen. Por su parte, los vecinos de Aranjuez ofrendan cestas con fresas a su patrono San Fernando rey. Son muy numerosas las romerías campestres con danzas tradicionales, así como los tan ibéricos encierros de toros y vaquillas, ya que casi no hay fiesta sin lidia de toros. Una novedad que se extiende es la de las comidas comunitarias sufragadas por los ayuntamientos, que buscan el mayor realce de sus festejos, y se preparan enormes paellas, cocidos y sardinadas para regalo del cada vez mayor número de lúdicos participantes. Y como elementos singulares, destacan las torres humanas que se forman en el interior del templo de Villa del Pardo el día de su Virgen patronal, los niños comulgantes que llevan la custodia en la procesión del Corpus de La Cabrera y, el mismo día, las alfombras artísticas de arena coloreada que se diseñan en Brunete.

Un curioso anexo en el libro está dedicado a los datos sobre fiestas aportados por las respuestas municipales a las *Relaciones topográficas* encargadas por Felipe II, que demuestran cómo las devociones se transforman con el paso del tiempo. Así, nos enteramos del gran culto tributado a mediados del s. XVI al italiano San Gregorio Nacianceno, obispo de Ostia que murió en Logroño en 1048 y fue considerado protector de los viñedos, a los que defendía de la plaga del pulgón o «escarabajuelo», que devoraba los tiernos pámpanos. De los 61 pueblos madrileños relacionados, en 37 se habían adoptado fiestas votivas para implorar y agradecer su ayuda. Suplantado luego en su poder plaguicida por San Isidro, hoy día tan solo se le recuerda festivamente en una localidad: Humera. Pero son muy escasos los datos históricos a nivel global, por lo que los autores del trabajo se han basado preferentemente en la información oral. Respecto a la evolución reciente, distinguen dos períodos de acelerada desaparición de rituales festivos: el de la postguerra con su despoblamiento, y el del desarrollismo de los sesenta, con el auge de Madrid capital como polo de atracción. Como agentes de la recuperación reciente, señalan a las asociaciones culturales en ocasiones apoyadas por las corporaciones municipales.

Para terminar, una mención a las fotografías ilustrativas, y a los próximos libros en preparación por este activo centro: la Semana Santa en España, el Corpus en Madrid y las fiestas del ciclo de verano en la comunidad madrileña.—DEMETRIO E. BRISSET.

CASADO VELARDE, Manuel: *Lenguaje y cultura. La etnolingüística* (Madrid: Síntesis, 1992), 159 pp.

A lo largo del siglo XX, el objeto por excelencia de la lingüística (la teórica, claro está) ha sido básicamente la lengua, en cuanto sistema de signos («considerada en sí misma», diría Saussure). Desde el momento, pues, que entran en consideración otros aspectos no necesariamente lingüísticos, se empieza a hablar de nuevas disciplinas: es el caso de la sociolingüística o el de ésta que nos ocupa, la etnolingüística.